



ORTEGA & FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO II
NÚM. 19

SEMANAL

PRE-
CIO:

MARZO
1926

POPULAR

10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL
«SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y
talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y sus-
cripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora del caballero don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde

(Continúa en la penúltima página).

Ya no temblaba.

Sus azules y magníficos ojos brillaban tanto como la luz. Consiguió llegar muy pronto al piso bajo, y en fuerza de andar, encontróse en habitaciones desamuebladas, de húmedo piso, de paredes ennegrecidas por el tiempo y llenas de telarañas en los rincones.

Le pareció que estaba en buen camino.

Encontró algunas puertas cerradas; pero cedieron al primer empuje.

Llegó a un sitio donde había amontonados algunos muebles inútiles a la entrada de un pasillo.

—¿Qué hay más allá?—se preguntó.

Aunque con gran trabajo, separó algunos de los muebles.

Entró en el pasillo.

Bajó seis escalones, y se detuvo en un pequeño espacio de abovedado techo.

Allí era la atmósfera muy pesada y nauseabunda.

Algunas ratas enormes corrieron espantadas al ver la luz.

No pudo María contener un grito de pavor.

Quedó inmóvil por algunos momentos.

Luego miró a todos lados.

Vio en el suelo una compuerta.

¿Era la entrada del subterráneo?

Tal vez.

—¡Veamos!—dijo.

Dio algunos pasos y se inclinó la joven.

La compuerta tenía dos cerrojos, y, corriendo éstos, no parecía que para abrir hubiera otro inconveniente.

—¡Quiero salir de dudas!—dijo María.

Colocó en el suelo la luz, asió uno de los cerrojos, y, aunque muy trabajosamente, consiguió correrlo.

Hizo lo mismo con el otro.

Quiso levantar la compuerta.

No pudo.

O eran sus fuerzas muy escasas, o por el otro lado había llave o cerrojo.

Descansó la infeliz.

Nuevamente intentó abrir.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Si aquella era la entrada del subterráneo, por el interior de éste podía ayudarle Querubín.

María pronunció en voz bastante alta el nombre de su amante.

Repitió su voz la bóveda; pero nadie respondió.

¿Cómo no se encontraba al otro lado Querubín?

Empezó a temer María que aquella no fuese la cueva que buscaba; pero aun no se dio por vencida.

Sentóse en el húmedo piso, y reflexionó.

Después de algunos minutos golpeó la compuerta.

Una y otra vez pronunció el nombre de su amante.

No podía apreciar el tiempo que pasaba.

¿Debía ya volver a su celda?

La prudencia le aconsejaba hacerlo así, si bien le era preciso convencerse de que todavía no había encontrado lo que deseaba.

Mientras sobre este punto no supiera con seguridad a qué atenerse, debía su atención fijarse sobre aquella compuerta.

Alejarse de allí sin hacer más, era equivalente a perder la noche, pues a la siguiente tendría que volver al mismo sitio.

La atmósfera húmeda y fría de aquel lugar producía en la joven un malestar insoportable.

Nos inclinamos a creer que no había encontrado lo que buscaba y necesitaba, y para opinar así nos fundamos en que a las voces de María no había contestado Querubín.

La situación era bastante apurada.

Varias veces se movió la joven para levantarse; pero otras tantas se arrepintió.

¿Qué hora era?

No pudo adivinarlo la infeliz.

Para salir de dudas, vamos a ir en busca del travieso Querubín.

CAPÍTULO LVIII

Lo que hizo Querubín

Querubín había calculado bien, pues cuando supo que María se había levantado dejó pasar la noche de aquel día, suponiendo que la joven no podría desde luego encontrar la entrada del subterráneo.

A la siguiente esperó Cándido, de acuerdo con Perico, y a las once en punto el hijo de la condesa salió de su casa en compañía de Querubín, del señor de Guevara y de Perico.

La madre de Leandro debía esperar hasta el amanecer.

Se había preparado cuanto se necesitaba para que María pasase allí el resto de la noche, y se trasladara al día siguiente a la casa de campo.

En el subterráneo no debían entrar más que Querubín y Perico, puesto que no se necesitaba la ayuda de los otros.

Leandro y el señor de Guevara aguardarían en la calle, vigilando por lo que pudiera suceder.

Llegaron a la Casa de Canónigos.

Perico golpeó suavemente la puerta, que giró sobre sus goznes, y entró seguido de Querubín.

—¡Dios os guarde!—le dijeron a Cándido.

Temblaba éste, porque estaba poseído de terror.

Exhaló un penoso suspiro.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Perico.

—¿Y cómo no he de tenerlo? ¡Si nos sorprenden!...

—No sucederá.

—Mis compañeros duermen; pero conviene que calle-
mos.

—No hemos venido para hablar, sino para hacerte rico.

—Seguidme.

Un farolillo llevaba Cándido en la mano izquierda, y
en la derecha una llave.

Atravesaron algunas habitaciones del piso bajo.

El criado infiel abrió una puerta.

Siguieron por un pasillo, bajaron una escalerilla estre-
cha y húmeda, y se encontraron junto a una trampa o
compuerta.

—Aquí debe de ser—dijo Querubín.

—Sí, aquí es—respondió Cándido, con voz insegura.

—Pues abrid.

—Señor hidalgo, o lo que quiera que seáis, si estuvie-
seis en mi lugar...

—No vacilaría tanto como vos.

—Si al menos me dijeseis lo que intentáis...

—¿Y qué os importa?

—Me importa mucho, porque soy un hombre honrado;
y como por aquí puede entrarse en el convento...

—Por mi honor os juro que las castas vírgenes que
moran en el edificio de enfrente han de quedar tan pu-
ras como antes.

—Está bien; pero...

—¿Qué se os ocurre?

—He olvidado haceros una advertencia; y como no
quiero que me acuséis de haberos engañado...

—Decid.

—Si queréis entrar en el convento...

—¿Qué sucederá?

—Que no lo conseguiréis.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que al otro extremo del subterráneo encontraréis una compuerta con dos cerrojos.

—Los correremos.

—Muy fácil es.

—Entonces...

—Pero es el caso que la compuerta no puede abrirse si a su vez las monjas no corren también los dos cerrojos que hay por el otro lado.

—¡Bah! —murmuró Querubín encogiéndose de hombros.

Y cruzó una mirada de inteligencia con Perico.

Este dijo entonces:

—Amigo Cándido, aunque no nos sea posible abrir la otra compuerta, tendrás los trescientos doblones que te he prometido.

—¡Pues adelante!

—¡Acabemos!

Cándido abrió.

Bajaron algunos escalones resbaladizos, encontrándose en la subterránea galería, por donde tenían que ir uno tras otro y encorvados.

Apenas podía respirarse allí.

Muchas ratas huyeron despavoridas.

El piso estaba muy húmedo.

Avanzaron con lentitud.

Cinco minutos después encontraron otra escalerilla con seis escalones.

Estaban dentro del convento y bajo una compuerta con dos cerrojos.

—Cuida de tu amigo—dijo Querubín al sirviente.

Como ya estaban de acuerdo sobre lo que habían de hacer no tuvo necesidad Perico de pedir explicaciones, y dirigiéndose a Cándido, le dijo:

—Retrocede.

—¿Ya hemos concluido?

—Poco falta.

El estúpido Cándido no adivinó todavía lo que se proyectaba.

Retrocedió.

Perico le siguió.

Creyó el primero que también Querubín lo seguía.

Salieron del subterráneo.

Entonces fue cuando el infiel criado preguntó:

—¿Y tu amigo?

—Aquí le esperaremos.

—Pero...

—Aún no ha concluido.

—Se ha quedado a oscuras.

—No necesita luz para ver, porque tiene los ojos como los gatos.

—¿Pues, señor, no lo entiendo!

—Mi buen amigo, lo que te interesa son los trescientos doblones que he de darte.

—¿Quiera Dios que este suceso no me cueste ir a los calabozos del Santo Oficio!

—Consuélate con que allí te haríamos compañía.

—No, eso no puede consolarme.

Mientras así hablaban, Querubín había abierto una linterna sorda de que iba provisto.

Antes de tocar a los cerrojos dio algunos golpes en la compuerta, y escuchó.

No percibió el más leve ruido.

—¿María! —exclamó.

No le contestaron.

¿Era aquella la misma compuerta que había encontrado María?

Tal vez no; pero aun siendo, ya debía de haberse alejado la joven.

Por algunos minutos se había perdido la mejor ocasión.

Si aquella noche no salía del convento la hija del comendador, Dios sabe lo que sucedería.

Arrugóse el entrecejo de Querubín.

— ¡Probemos! — murmuró.

Corrió los cerrojos.

Subió un escalón más, apoyó la espalda contra la puerta, y empujó.

No pudo contener un grito de alegría, porque la trampa se había levantado y crujía al girar sobre sus enmohecidos goznes.

El corazón del mancebo palpitaba violentamente.

Quedó inmóvil.

El júbilo produjo en él un trastorno indescriptible.

Dirigió la mirada al aposento, o más bien espacio tenebroso donde hemos penetrado ya.

Allí había estado María; pero ya no estaba.

Después de algunos momentos dio Querubín un segundo empuje, subió, y salió del subterráneo.

Muy trabajosamente se esparcieron los rayos de luz en aquella atmósfera húmeda y espesa.

Con afán indescriptible miró el huérfano a todos lados.

No vio más que las ennegrecidas paredes, desconchadas y agrietadas en muchas partes, y el techo, negro también, en muchos sitios cubierto de telarañas.

Lo mismo que antes, corrieron despavoridas las ratas que eran dueñas de aquel lugar.

Lo primero que a Querubín se le ocurrió fue preguntarse si la joven habría conseguido encontrar la entrada del subterráneo misterioso, o si habría tenido tiempo para buscarlo.

Era imposible que lo adivinase.

Por de pronto encontrábase ya en el interior del convento, lo cual no era poca dicha.

Y una vez allí, no había que retroceder ante el primer obstáculo.

En aquel edificio estaba María, le esperaba, y contaba los instantes para verse libre de la espantosa tiranía que pesaba sobre la infeliz.

— ¡Vive el cielo! — exclamó el joven — ¡Si ella no ha encontrado la cueva salvadora, yo encontraré la celda!

No era Querubín hombre que se detuviese mucho para reflexionar, pues le parecía tiempo lastimosamente perdido el que se gastaba en vacilaciones.

Otra vez examinó el tenebroso lugar.

Escuchó con atención profunda.

No percibió el más leve ruido.

Aquel silencio era casi aterrador, y aun nos atreveríamos a decir que algo tenía de lúgubre. Por todas partes quietud absoluta, la más completa calma.

En cuanto al camino que debía seguir, no vaciló el mancebo, puesto que no había más que una sola puerta por donde salir.

Como dos carbunclos brillaban los ojos del protegido del señor de Guevara.

Su frente se había contraído.

Excusado es decir que no tenía miedo; pero la situación era muy crítica.

Una torpeza, la más leve, una imprudencia, podía dar al traste con el plan tan admirablemente combinado y tan atrevidamente puesto en práctica.

Para tener en caso de apuro franca la salida, y como el buen general, que ante todo mira la retirada, dejó Querubín abierta la entrada del subterráneo, y tomó por el pasillo donde sabemos ya que estaban amontonados en desorden muchos muebles.

Como mejor pudo llegó a uno de los aposentos por donde algunos minutos antes había pasado María.

Allí se detuvo otra vez, mirando muy cuidadosamente a su alredeor.

Después de algunos minutos avanzó resueltamente, y dejando atrás uno y otro aposento solitario y silencioso, encontróse en una galería.

—¡Esto es otra cosa!—dijo.

Y con placer sin igual aspiró la atmósfera tibia y agradable de aquel sitio.

Estaba entonces donde debía ir con más cuidado, porque era fácil que encontrase por allí alguna de las monjas que vigilaban durante la noche.

Ninguno de estos peligros se le ocultaba al atrevido mancebo.

—¿Hacia dónde?—murmuró.

Y luego añadió:

—¡Por la derecha, y Dios me protegerá!

Muy fácil era que perdiese el tino.

No le seguiremos apaso a paso.

Atravesó una parte de la galería, subió por una escalera, recorrió varias habitaciones, y se encontró al fin de un pasillo donde había luz.

Cerró la linterna, que ya no podía servirle sino para estorbo.

—¡Juraría—murmuró—que otra vez he pasado por aquí!

No se equivocaba, pues por allí le había llevado el demandadero la noche que consiguió engañar a la superiora fingiéndose criado del comendador.

No era posible que recordase bien el atrevido Querubín: guiado por su instinto adelantó cuidadosamente, deteniéndose de vez en cuando para escuchar.

En aquel largo pasillo había muchas puertas.

Todas estaban cerradas.

Cada una correspondía a una celda.

— ¡Oh! — exclamó el mancebo — Aquí es, pero no puedo adivinar...

Interrumpióse lanzando una interjección que no nos atrevemos a repetir.

Empezaba a impacientarse.

¿Qué debería suceder si llegaba a ser descubierto por alguna de las buenas madres que vigilaban?

Indudablemente, la monja gritaría y pondría en conmoción a la comunidad.

En semejante caso de nada le serviría todo su valor al audaz mancebo, puesto que no había de andar a cuchilladas con aquellas pobres mujeres; y si acudían, como debían acudir, el padre capellán y el buen Canuto, no habría salvación posible.

En caso de desgracia, sería muy fácil averiguar cómo Querubín había penetrado en el convento, y quedaría en descubierto la traición del criado de los canónigos.

Mortificábale mucho al joven que por él tuviesen otros que sufrir, y esto era lo que en aquellos momentos le ponía en grandísimo cuidado.

Empezó a mirar una por una todas las puertas: eran iguales; pero aun cuando no lo hubiesen sido, tampoco hubiera podido reconocer la de la celda de María, si es que en aquel pasillo estaba la habitación de la desgraciada joven.

Lentamente avanzaba Querubín.

Inclinábase y acercaba el oído al ojo de la cerradura de cada puerta.

Siempre el mismo silencio.

Alguna vez oyó el ruido leve y acompasado de la respiración de una persona, y alguna vez, por más que parezca extraño, un ronquido desagradable.

— Aquí no es — decía Querubín —; no es, porque María no puede dormir tan descuidadamente a estas horas, y

aun es probable que se encuentra fuera de su celda, recorriendo galerías y habitaciones en busca del subterráneo.

Como se comprende, perdió mucho tiempo Querubín mientras se detenía a la entrada de cada celda. Ya se encontraba a la mitad del pasillo y junto a una de las puertas, cuando le pareció oír ruido de pasos.

—¿Será ella ?—se preguntó.

Escuchó con atención profunda.

Una persona se acercaba, y debía presentarse repentinamente al llegar a uno de los ángulos que formaba el pasillo.

El primer impulso del mancebo fue retroceder; pero no tenía tiempo para ocultarse. Tal vez la persona que se acercaba era la hija del comendador; pero también era posible, y aun más probable, que fuese una de las monjas que vigilaban.

Todo esto lo pensó Querubín en un solo instante.

Miró a los dos extremos del pasillo.

Era necesario adoptar inmediatamente una resolución.

¿Qué hacer en semejante apuro ?

Para retroceder no tenía tiempo.

Avanzar era salir al encuentro de la persona que se acercaba.

Quedarse ahí era perderse.

Querubín, con la prontitud con que adoptaba todas sus determinaciones, dijo:

—¡La muerte o la vida!

Sabía muy bien que a las monjas les estaba prohibido cerrar con llave la puerta de su celda, y tampoco ignoraba que las vigilantes, cuando bien les parecía, entraban en los dormitorios para convencerse de que sus compañeras habían apagado la luz y estaban en el lecho.

Quería el joven ser prudente hasta el último grado de la prudencia y respetar todo lo que era respetable; pero

su salvación, y sobre todo la de María, era suprema ley para Querubín en aquellos momentos de sin igual apuro.

Resonaron los pasos muy cerca.

Dibujóse una sombra al extremo del pasillo.

Ya no vaciló el mancebo.

Alargó la diestra, cogió el picaporte, lo levantó y empujó, entrando en la celda al mismo tiempo que una monja se presentaba en el ángulo de la estrecha galería.

Deslizóse Querubín en el interior de la celda, y volvió a cerrar sin hacer el más leve ruido.

Detúvose.

No podía ver, porque le envolvían las tinieblas.

Supuso que a pocos pasos de él había una cama, y en la cama, una monja.

Si ésta llegaba a despertar, y de buenas a primeras, sin saber cómo, se encontraba con un hombre frente a frente, ¿qué sucedería?

No era dudoso el resultado, pues debía horrorizarse la casta esposa de Jesucristo, y, creyendo que se le presentaba Satanás, gritaría para que acudieran en su socorro.

Hubiera querido el mancebo tener luz para ver si podía ocultarse, siquiera fuese debajo de la cama; pero también era peligroso abrir la linterna, porque el resplandor despertaría a la monja que debía suponerse descansaba allí.

Los pasos de la vigilante seguían resonando, y resonó también el crujido de una puerta al abrirse y cerrarse, lo cual probaba que cumplía con escrupulosidad su deber la casta madre que vigilaba.

No se le ocultaba a Querubín el peligro que corría permaneciendo inmóvil en medio de la celda; y como buscar escondite a tientas era peligroso, decidióse al fin a hacer uso de la linterna.

Menester era toda su audacia; pero ya le conocemos, y no nos debe de sorprender que hiciese lo que hacía.

Abrió Querubín la linterna.

Esparciose la luz.

Con tanto temor como afán miró a su alrededor el mancebo.

He aquí lo que vió:

Una pequeña mesa, dos o tres sillas, un reclinatorio y una cama.

Empero no había en ésta persona alguna.

Sorprendido quedó el mancebo.

— ¡Ah! — exclamó — ¡La fortuna me protege!

Acercóse al lecho.

Otra vez sintió que su corazón latía con desigual violencia.

Preguntóse por qué no había nadie allí, y un momento después sospechó que aquella celda podía ser la de María.

Las imaginaciones vivas y fecundas como la de Querubín hacen en un momento suposiciones y deducciones.

Supuso que aquella celda pertenecía a la hija del comendador, y que por eso no se encontraba allí persona alguna.

Después de esto, pensó que la monja que vigilaba podía muy bien abrir la puerta, como había hecho con otras, en cuyo caso echaría de menos a la persona que en aquella cama debía dormir.

No hizo más reflexiones el mancebo, y sin perder un solo instante se quitó el sombrero y la capa, ocultando ambas prendas bajo el lecho.

Luego cerró la linterna, y sin miramiento alguno se acostó y se envolvió de manera que no podía distinguirse más que el bulto de su cuerpo.

A tiempo lo hizo, porque inmediatamente se abrió la puerta.

¿Quién entraba?

Respiró Querubín fuertemente.

Se había salvado.

La vigilante, al oír aquella respiración y ver que el lecho estaba ocupado, retrocedió y volvió a cerrar la puerta.

—¡Ah!—exclamó entonces el mancebo.

Seguro ya de que nadie llegaría, por lo menos en media hora, saltó del lecho y abrió la linterna.

Volvió a tomar su capa y su sombrero.

¿Debía salir?

Sobre este punto no dudó.

Suponiendo que podía disponer de algunos minutos, con el más completo descuido se ocupó ante todo en revisar cuantos objetos había sobre la mesa, por si así deducía algo que pudiera serle provechoso.

Nada encontró de particular.

Apeló a su memoria.

¿No era aquél el mismo aposento donde había estado otra vez?

Le pareció que sí: pero también pensó que iguales debían ser, o muy parecidos, los muebles de todas las celdas.

Nunca, ni en las situaciones más apuradas, se había sentido tan perplejo.

Por primera vez en su vida vaciló.

¿Debía quedarse?

¿Estaba en la celda de María?

Arrugóse el entrecejo de Querubín.

Tornóse sombría su mirada.

—¡Vive el cielo!—murmuró con voz sorda.

Y entre dudas y vacilaciones, entre temores y afanes transcurrieron algunos minutos.

—Saldré—dijo; seguiré recorriendo el convento, y después... ¡Oh!... ¡Veremos!...

Dio un paso hacia la puerta, pero ésta se abrió de repente.

Querubín vio una monja que se presentaba.

La monja vio confusamente el bulto de un hombre.

Ella exhaló un grito de terror, y de las manos se le escapó la palmatoria que llevaba.

Querubín rugió sordamente.

La luz era un peligro, y cerró la linterna.

Quiso aprovechar aquellos instantes de pavor de la religiosa, y sin miramiento alguno, y a riesgo de atropellarla brutalmente, lanzóse hacia la puerta el atrevido mancebo.

Había retrocedido ella, y se encontraba en el pasillo, donde ya sabemos que había luz.

No pensaba el joven más que en huir antes de que la monja siguiese gritando y acudieran las demás.

Debía suponerse que ella también huía, puesto que es lo primero que en tales casos aconseja el terror; pero no sucedió así, sino que, por el contrario, fijando una mirada indescriptible en el mancebo, le detuvo, exclamando:

—¡Querubín!

—¡María!—dijo el mancebo a la joven.

Era, efectivamente, la hija del comendador, que volvía a su celda.

Contempláronse.

La infeliz, cuyas fuerzas no se habían repuesto completamente después de su grave enfermedad, no pudo resistir los efectos de la sorpresa, y abriendo los brazos como si buscase un apoyo, vaciló un instante y cayó pesadamente sobre el frío pavimento.

La situación se complicaba.

Acudió Querubín en socorro de la pobre niña; pero ¿qué podía hacer por ella?

En fuerza de caricias y de dulces palabras quiso hacerle recobrar el conocimiento.

No lo consiguió.

¡Nuevas dudas!

Lo más prudente era colocar en su lecho a María y dejarla allí hasta que las monjas la socorriesen; pero perder aquella ocasión era perderlo todo. Además, Querubín prefería la muerte antes que separarse de la mujer a quien tanto adoraba dejándola en tan triste estado.

¿Por qué no había de sacarla del convento?

Esto se preguntó el protegido del señor de Guevara.

¿No le alcanzarían las fuerzas para llevar en brazos María?

Creó que sí, aunque nosotros tememos que le engañase su voluntad.

Ni siquiera tenía Querubín el consuelo de prorrumpir en exclamaciones que sirviesen de desahogo a su dolor, pues comprendía que el ruido más leve podía comprometerle.

Arrodillado, inclinado, sosteniendo la cabeza de la joven y contemplándola con mortal angustia, dejó que el tiempo pasase.

Era un tesoro cada momento que perdía.

¿Había de permanecer así toda la noche?

Esto pensó el infeliz.

Cadavéricamente pálido estaba el rostro de María; pero el de Querubín había enrojecido como si fuese a brotar la sangre.

Era forzoso adoptar una resolución.

—¡No—dijo el mancebo con voz reconcentrada—; no me iré sin ella!

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantó a María.

Sintió Querubín como si su sangre se convirtiese en fuego y se le abrasara el corazón.

Con mucha dificultad podía moverse, porque una de sus manos la tenía ocupada con la linterna.

¿Podría reconocer las habitaciones que antes había recorrido?

Esto era mucho más difícil en medio de su trastorno. Sin embargo, ya no podía retroceder.

Antes se hubiera dejado matar que abandonar a María.

Fiaba el mancebo en su buena estrella, pues ya sabemos que, a pesar de todas sus desgracias, se creía muy afortunado.

Avanzó resueltamente por el pasillo.

Era muy probable que encontrase a las monjas que vigilaban.

Atravesó algunas habitaciones.

Diez minutos después apenas podía respirar; pero hizo nuevos esfuerzos, y siguió su penosa marcha.

Puede decirse que su voluntad le sostenía.

CAPÍTULO LIX

Otro obstáculo

Nuevos contratiempos esperaban a Querubín, nuevos obstáculos debían presentársele.

En algunos sitios tuvo que detenerse y dudó, porque no reconocía las habitaciones.

Preciso es tener en cuenta su profundo trastorno.

Momentos hubo en que empezó a creer que le sería imposible salir del convento, porque las fuerzas le abandonaban.

No contaba entonces más que con la rara energía de su espíritu.

— ¡De aquí saldré, o aquí moriré! —dijo con el acento de la desesperación.

Al pronunciar estas palabras encontrábase en una galería muy débilmente iluminada.

Convencióse de que se había extraviado.

¿Hacia dónde debía dirigirse ?

Encontrábase en un laberinto, cuyas vueltas y revueltas le eran absolutamente desconocidas.

Miró a todos lados.

Dos centellas se escaparon de sus negros ojos.

Tenía necesidad de descanso.

Contempló a María, que no recobraba el sentido.

— ¡Descansaré! — murmuró el desdichado mancebo.

Y dejó en el suelo a la joven.

No necesitaba entonces la linterna: la cerró y la guardó bajo su chupa, porque así le estorbaba menos.

Le era preciso seguir entregándose al azar.

Del dicho al hecho hay gran trecho, según el adagio dice.

En teoría son muy buenos todos los planes; pero en la práctica no sucede lo mismo: esto consiste en que no se tienen en cuenta todos los detalles, que son casi siempre los que trastornan los planes mejor combinados.

Con todo había contado Querubín menos con que tendría que recorrer el interior de aquel vasto edificio.

Tampoco pudo creer que se extraviaría.

Y, además de todo esto, le amenazaba el enemigo de las casualidades.

La casualidad le había protegido; pero bien podía serle contraria.

Cuando menos lo esperaba había encontrado a María, y también cuando menos lo esperase podía ser sorprendido.

Ni siquiera le alentaba en aquellos terribles momentos la esperanza de que le socorriesen sus amigos, puesto que éstos no podían acudir sino por el subterráneo misterioso.

¿Y dónde se encontraba el subterráneo?

Tal vez muy lejos, a la parte opuesta del edificio.

Estas reflexiones y otras muchas por el estilo se hizo Querubín.

No tenemos que decir que cuanto más reflexionaba sentíase más desconsolado, más trastornado.

—¡Oh!—exclamó después de algunos minutos—¡El tiempo vuela, y si no hago otra cosa que lamentar mi desdicha, llegará la hora de los maitines y las monjas me encontrarán aquí!

Volvió a tomar a María.

—En fuerza de andar—dijo—, encontraré la salida.

Podía sucederle todo lo contrario; es decir, que en fuerza de andar se alejase más cada vez del subterráneo salvador.

Después de la galería encontró un aposento donde no había luz; pero distinguió una débil claridad al otro lado de una puerta.

Por aquella puerta entró, encontrándose en un largo y estrecho pasillo.

Al final de éste, o sea al extremo opuesto del en que se encontraba Querubín, era donde la claridad presentábase más intensa.

Miró atentamente el mancebo, y comprendió que la luz salía por una puerta que había muy cerca del ángulo que allí formaba el pasillo.

¿Adónde iría a parar por allí?

Ya se había propuesto avanzar constantemente, y por nada del mundo cambiaría de resolución.

—¡Adelante!—murmuró el infeliz.

Sin hacer el más leve ruido siguió hasta llegar muy cerca de la puertecilla por donde la luz se escapaba.

Detúvose y escuchó.

A sus oídos llegó un ruido leve, muy leve.

—¡Alguien hay por aquí!—pensó el joven.

Ante todo le convenía explorar el terreno y averiguar con qué clase de enemigos tenía que habérselas.

Con la misma prontitud que siempre adoptó una resolución.

Colocó a María en el suelo.

Desenvainó su puñal.

Con pasos silenciosos como los de un fantasma llegó hasta la puerta, inclinóse, miró, y vio un aposento que reconoció en seguida.

Era el de Canuto.

Encontrábase éste sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y cerrados los ojos.

En la mano derecha tenía un rosario.

No era menester más que mirar al demandadero para comprender que dormía.

Así era.

A causa de los temores que tenían en el convento de que se presentara el amante misterioso, Canuto vigilaba todas las noches, y, como buen cristiano, con frecuencia tomaba sus camándulas y rezaba.

De vez en cuando recorría aquella parte del edificio.

Así cumplía sus deberes y creía imposible que el amante misterioso pudiera cometer ningún abuso, aunque estuviese protegido por Satanás.

Empero las leyes de la Naturaleza son superiores a nuestra voluntad, y sucedía muchas veces que el buen Canuto quedaba dormido mientras rezaba.

Su respiración y algún otro ronquido eran el rumor que había percibido Querubín.

No tuyo éste que reflexionar mucho para comprender perfectamente la situación.

Encontrábase muy cerca de la puerta por donde había entrado cuando se presentó como uno de los criados de don Pedro.

Lo primero que le ocurrió al joven fue que era posible que la llave de aquella puerta estuviese en la cerradura, en cuyo caso le sería muy fácil abrir y salir con María sin que de nada se enterase el honrado demandadero.

Si la llave no estaba en la cerradura, debía de encontrarse en aquella habitación.

Todo dependía de que Canuto siguiera durmiendo.

El más leve ruido podía despertarle, porque cuando una persona duerme en posición vertical, despierta muy fácilmente.

Querubín volvió a la derecha.

Llegó a la puertecilla.

Sacó la linterna y la abrió.

Examinó la cerradura.

La llave no estaba puesta.

Esto era un contratiempo; pero no se desalentó el joven audaz.

Volvió a guardar la linterna y retrocedió, penetrando en el aposento donde Canuto dormía.

Allí se detuvo.

Su mirada lo examinó todo en pocos instantes: siempre relumbraba en su diestra el puñal.

Su frente continuaba contraída.

Era terrible la expresión de su mirada.

Vio en un clavo colgada una pequeña vasija de hojalata y una llave, que tal vez era la que buscaba.

Extendió el brazo izquierdo y cogió la llave.

La fortuna se había cansado de favorecerle, porque el clavo se desprendió de la pared y cayó la vasija, produciendo un ruido tanto más estrepitoso, cuanto era más absoluto el silencio.

Estremeciéndose violentamente Canuto, y al mismo tiempo que abría los ojos desmesuradamente, se ponía en pie y exhalaba un grito de sorpresa y de pavor.

—¡Rayos!—exclamó Querubín con el acento de la ira más reconcentrada, de la desesperación en su último grado.

Ya era preciso jugar el todo por el todo; era preciso entablar abiertamente la lucha.

No había tiempo para reflexionar.

Todo esto sucedió instantáneamente.

Volvióse Querubín, y levantando el puñal se lanzó sobre Canuto, asiéndole por el cuello, sacudiéndole rudamente y diciéndole con tono de terrible amenaza:

—¡Silencio! ¡Silencio, o te mataré!

No era menester que impusiera silencio Querubín, pues el infeliz Canuto no hubiera podido articular una sílaba.

Ambos quedaron inmóviles.

Una mirada de estupor fijó el demandadero en Querubín.

Probablemente, no le había reconocido y creía que era un fantasma.

Sin poder apenas respirar y sin fuerzas para sostenerse, cayó el demandadero pesadamente en la silla.

De su pecho se escapó un gemido angustioso.

Algunos segundos transcurrieron.

—¡Escucha y obedece!—dijo al fin el amante de María.

—¡Ah! ¿Quién eres? ¡Dios misericordioso!

—¡Silencio!

—No hablo.

—¿No ves este puñal?

—¡Sí, sí! ¡Le veo!

—¡Pues se clavará en tu corazón si cometes la torpeza de dar un grito!

—¡No!

—¡Y si no me obedeces también te mataré!

—Pero ¿quién eres?

—¿No me reconoces?

—¡Es verdad! ¡Jesús! ¡El de aquella noche!

—Puedes comprender que estoy resuelto a todo.

—¿Qué queréis? ¡Compadecedme! ¡Cumpló mi deber!

—Tu deber es obedecerme, salvar tu vida, puesto

que nadie ha de exigirte que te dejes matar, cuando con tu muerte no ha de evitarse que yo cumpla mi deseo.

— ¡No sé lo que me pasa! ¡Me siento morir!

Sobre que Canuto no era valeroso, estaba trastornado también por la sorpresa, y, además, veía sobre su pecho un puñal perfectamente afilado y una mano que no temblaba.

¿Qué había de hacer el infeliz en semejante situación?

Estaba convencido de que si intentaba siquiera pedir socorro, Querubín le mataría.

— ¡Podéis hacer de mí lo que mejor os parezca! — murmuró con voz insegura el demandadero.

— Es muy poco lo que tengo que pedirte.

— ¿Queréis ir a la celda de...?

— No.

— Entonces...

— Lo que quiero es salir.

— ¿Salir del convento?

— Eso es.

— ¿Y por qué no lo hacéis lo mismo que habéis entrado?

— No he venido para darte explicaciones.

— ¡Perdonad!

— ¿Es ésta la llave?

— Sí.

— Pues levántate y disponte a obedecer.

— No tenéis más que abrir, dejando la llave puesta, que yo cerraré luego.

— Has de hacer otra cosa.

— Os suplico...

— Ya te he dicho que te mataré; pero si me complaces, te recompensaré largamente.

— Mi conciencia...

— ¡Vamos, vamos!

Exhaló el demandadero un penoso suspiro.

Hizo un gran esfuerzo y se levantó.

Las rodillas se le doblaban.

Temblaban convulsivamente todos sus miembros.

Apenas podía darse cuenta clara de su situación.

Nuevas sorpresas le esperaban.

Iba a tomar su luz; pero Querubín le dijo:

—No es menester.

Y volvió a sacar su linterna.

Suspiró nuevamente Canuto.

Salieron de la habitación.

Detuviéronse.

Entonces el demandadero se hizo cargo de que estaba allí María.

No había ésta recobrado el conocimiento.

Imposible le fue al buen Canuto contener un grito.

—¡Ella!—exclamó.

—La misma.

—¡Y muerta!

—¡Por fortuna, está viva!

—¡Y en este sitio!

—¡Basta de observaciones!

—Ya callo.

—Levántala, y vamos a la calle.

—¿Qué estáis diciendo?

—¿Acaso no me entiendes?—replicó el mancebo volviendo a levantar el puñal.

—¡En mis brazos!...

—Es una honra para ti.

—¡Imposible, imposible!

—Pero no es imposible que yo te mate.

—Pensad...

—He pensado en todo. .

—Mi conciencia...

—Tu vida, debieras decir.

—Os suplico...

—¡Vive el cielo! ¿Acabarás?

Canuto, que veía siempre brillar el puñal sobre su cabeza, se inclinó y, recurriendo a todas sus fuerzas, levantó a María.

¿Había triunfado Querubín?

Avanzaron hasta llegar a la puerta.

El mancebo introdujo la llave en la cerradura y abrió.

—¡Salid!—dijo con imperioso tono.

Obedeció el demandadero mientras exhalaba un angustioso gemido.

Aún quedaban obstáculos que vencer; pero ya lo más difícil estaba hecho.

Afortunadamente, no transitaba por allí una sola persona; es decir, que nadie había más que Leandro, y el señor de Guevara, que, según ya hemos dicho, habían quedado esperando cerca de la entrada del otro edificio.

Salió también Querubín, cerró y guardó la llave.

¿Quién hubiera sido entonces capaz de separarle de María?

—¡Ah!—exclamó— ¡Trabajo me ha costado, pero al fin triunfé!

Su protector y su amigo vieron los bultos que del convento salían, así como la luz de la linterna, y creyeron que el atrevido joven había sido descubierto, produciéndose el escándalo consiguiente, y que la comunidad enviaba a alguien en busca de auxilio.

—¡Cuernos de Lucifer!—exclamó el señor de Guevara.

—¡Salgamos de dudas!—dijo Leandro.

Y ambos, blandiendo las espadas, lanzáronse sobre los que del convento salían, mientras el hidalgo gritaba:

—¡Quietos, si no queréis morir!

El pobre Canuto retrocedió, y más turbado cada vez, faltó muy poco para que dejara caer su preciosa carga.

Querubín soltó una carcajada burlona.

Todos quedaron inmóviles y por algunos momentos no acertaron a pronunciar una palabra.

—Pero, ¿qué significa esto?—dijo por fin el señor de Guevara— ¿Eres tú? ¿Es ella? ¿Rayos y truenos! ¿Fuego de Lucifer! ¿No lo entiendo! ¿Entras por allí, sales por aquí, te acompaña este hombre! ¿Vive Dios! ¿Si no me he vuelto loco, estoy soñando! ¿Quieres explicarte? Ya ves que ha faltado muy poco para que mi espada te atravesase de parte a parte, pues lo que menos debíamos esperar...

—Tened calma—interrumpió Querubín—, que todavía no es ocasión de que entremos en explicaciones; y haréis muy bien en guardar silencio, pues una palabra imprudente puede traer los más graves compromisos.

—Callaré, porque siempre ha de hacerse lo que tú desees.

Iba también Leandro a tomar parte en la conversación; pero el buen Canuto exclamó:

—¡La muerta resucita!

Efectivamente; María acababa de estremecerse, exhaló un suspiro y abrió los ojos.

La impresión del aire, bastante frío aquella noche, había hecho que la infeliz recobrase el conocimiento.

Dejó Querubín en el suelo la linterna, guardó el puñal, y se apresuró a ofrecer los brazos a la hija del comendador.

Pudo ésta, aunque muy trabajosamente, sostenerse en pie.

Miró a las personas que la rodeaban.

—¿Qué me sucede?—murmuró.

—¡María!—exclamó Querubín con acento de infinita ternura.

—¡Ah!

—¡Nada temas!

—¿Dónde estoy?

—¡Entre nosotros—dijo el hidalgo—; entre vuestros mejores amigos!

—¡Y libre, enteramente libre!

—¡No os desalentéis!

—¡Querubín!

—¡Sí, yo soy!

—¡Don Leandro!

—Tranquilizaos—dijo el hijo de la condesa—, porque ahora...

—¡Vive el cielo!—gritó el mancebo fuera de sí— ¡Se escapa; detenedle!

El buen Canuto, aprovechando aquellos momentos de efusión había echado a correr.

No podía entrar en el convento, porque no tenía la llave; pero quiso verse libre y buscar una ronda que le auxiliara.

Había tomado hacia la calle del Barquillo.

Corría como quien huye; pero no había contado con las ágiles piernas del señor de Guevara.

Aunque éste no comprendía bien la situación, tenía bastante con lo que acababa de decir su ahijado, y, lanzándose tras el demandadero, le dio alcance cuando éste iba a tomar por la calle de Belén.

—¡Truenos y rayos!—exclamó el señor de Guevara— ¡Quieto!

Quiso seguir huyendo el pobre Canuto; pero la flexible espada del noble Godofredo levantóse y cayó, recibiendo el infeliz sirviente un cintarazo que le hizo rodar.

Angustiosos lamentos exhaló el desdichado.

—¡Silencio!—dijo el señor de Guevara.

—¡Socorro!...

—¡Si no callas, te ensartaré sin compasión!

Canuto guardó silencio, porque vio que relumbraba sobre su cuerpo la hoja de la espada.

— ¡Levántate, miserable! ¡Sígueme, y ten cuidado de no hacer ruido, porque yo no soy de los que amenazan en balde, y si das un solo grito, está misma noche irás al infierno a dar cuenta de tus pecados a Satanás!

Temblaba Canuto convulsivamente.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para levantarse, pues en todo su cuerpo no tenía un solo hueso que no estuviera dolorido.

Como nunca creyó entonces que el misterioso amante estaba protegido por Lucifer, pues de otra manera, y a lo que él entendía, no era posible lo que estaba sucediendo.

— ¡Compadecedme! —dijo con lastimero tono.

— ¡No estás entre asesinos!

— ¡No entiendo lo que pasa!

— ¡Ni es menester que lo entiendas!

— ¡Soy un hombre honrado!

— ¡Pero un estúpido!

— ¡Es verdad, señor caballero, todo eso es verdad; pero no he dado motivo para que me maltraten.

— ¡Vamos, vamos!

— ¡Yo cumplía mi deber!... ¡Ay! ¡Apenas puedo moverme!

— Luego te darás unas friegas con vinagre y sal, y te quedarás como nuevo.

— ¡El lance me costará la vida!

— ¿Por qué has intentado huir?

— ¡Yo mismo no lo sé; estoy aturdido! ¡Ay!

— ¡Guarda los lamentos para después!

Así hablando volvieron adonde estaban María, Querubín y Leandro.

— Señor Canuto—dijo el mancebo—, si hubierais que-

rido servirme, recibiríais, en vez de cintarazos, algunos centenares de doblones.

— ¡No os conozco!

— ¿Y qué os importa mi nombre?

— ¡Me han dicho que tenéis pacto con Satanás!

— Pues, por lo mismo, habéis cometido una imprudencia.

— ¡No me matéis!

— Si no os morís del susto, tendréis muy larga vida.

— ¿Qué hemos de hacer ahora?—preguntó el señor de Guevara.

— Aquí os quedaréis con este hombre, y esperaréis a que yo vuelva.

— Pues no tardes, hijo mío.

— Acompañadme, don Leandro.

Tomó éste la linterna.

María se apoyó en el brazo de Querubín.

La pobre niña tenía que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

Afortunadamente, había que andar muy poco.

El mancebo audaz ocupóse ante todo en dar explicaciones de lo que había sucedido; explicaciones que fueron escuchadas con tan profunda atención por María como por Leandro.

En la morada de éste se habían adoptado todas las precauciones imaginables.

El último peligro se había evitado ya, peligro que consistía en que Canuto supiese adónde habían llevado a la joven.

Tal era el aturdimiento de la hija del comendador, que aun le parecía que soñaba.

Habló muy poco.

Leandro abrió la puerta de su casa.

Entraron y subieron.

Todos los criados dormían.

Bien pronto se encontraron frente a la condesa.

En el rostro de ésta se pintaba una ansiedad indescriptible.

— ¡Ah! — exclamó.

Y abrió los brazos, recibiendo en ellos a María. Ésta se dejó abrazar.

Aun no comprendía claramente su situación.

Se sentó cuando le dijeron que lo hiciera.

Sus movimientos eran automáticos.

La desdichada madre fijó en Querubín una mirada intensa, le estrechó las manos cariñosamente, y le dijo:

— ¡Sois una criatura extraordinaria!

Para contenerse y no abrazar a Querubín tuvo la condesa que hacer grandes esfuerzos.

También el joven, para quedar satisfecho, para considerarse completamente feliz aquella noche, tenía necesidad de estrechar contra su pecho a su madre.

Preciso era aprovechar los momentos, pues se acercaba el nuevo día.

— Tengo que alejarme — dijo Querubín —. Vos, mi amigo don Leandro, daréis explicaciones a la señora condesa y, si es posible, proporcionaréis algún reposo a María. Entretanto yo voy a ver como me arreglo con los que me aguardan.

— Aquí me encontraréis — dijo don Leandro.

— Y nosotras — añadió la condesa — partiremos apenas despunte el día, porque es preciso evitar que los curiosos nos observen.

— ¿Está todo preparado?

— El cochero recibió la orden de enganchar antes del amanecer.

— ¿Tenéis en el cochero completa confianza?

— Sí; pero sería más conveniente que uno de vosotros pudiera reemplazarle.

—Yo iré—dijo Leandro—, y así no hay que temer ninguna indiscreción.

—Y Perico os acompañará si vuelve a tiempo.

—En la casa de campo nada falta ya.

—¡Pues que Dios nos proteja!

Dieron fin a la conversación.

Querubín salió después de dirigir a María algunas tiernas frases.

La infeliz joven se pasó las manos por la frente, se oprimió el pecho y exclamó:

—¡Dios mío!

—Ahora es preciso que descanséis.

—¡El reposo es imposible para mí!

—¿Por qué?

—Mi padre...

—Mañana hablaremos, y os convenceréis de que no habéis hecho más que defenderos. Sin embargo, si estáis arrepentida, aun es tiempo de retroceder; pero ya sabéis la suerte que os aguarda.

—¡No, no!

—La conducta de vuestro padre...

—¡Es mi padre al fin!

—¡Alma noble!

—¡Yo estaba resignada a morir!

—Si no os hubiese amenazado más peligro que la muerte...

—Necesito reflexionar.

—Venid—dijo cariñosamente la condesa—. Yo haré lo posible por sustituir a vuestra madre. A mi lado no corre ningún peligro vuestro honor, y, cualquiera que sea el resultado de esta lucha, no podrán acusaros de ninguna falta humillante. Sufrís mucho; no se me oculta. ¡Ah! ¡Si pudierais comprender mi sufrimiento, os horrorizaríais y os consideraríais la criatura más dichosa del mundo! Yo también amaba; pero... ¡Algún día os con-

venceréis de que las pruebas porque ahora pasáis apenas tienen importancia si las comparáis con las espantosas alternativas en que a mí me han colocado!

Era imposible que María comprendiese estas palabras.

Tampoco Leandro las comprendía.

—¡Siempre el misterio!—murmuró sordamente el hijo de la condesa.

Ésta guardó silencio.

Tomó una de las manos de María, y llevó a la joven al dormitorio que había en la habitación inmediata.

La hija del comendador no tenía sueño; pero cediendo a las súplicas cariñosas de la condesa, se acostó.

Entonces la madre y el hijo entablaron animada conversación sobre los sucesos de aquella noche.

Una y otra vez la condesa hizo indicaciones sobre la procedencia de Querubín.

Nada consiguió, porque Leandro creía firmemente que el audaz mancebo era hijo del señor de Guevara. Tenían que esperar hasta la hora convenida.

Los dejaremos, para volver al lado de los otros.

CAPITULO LX

El grave compromiso en que se vieron Perico y Cándido

¿Qué hacían Perico y el otro sirviente?

Hablaban como dos buenos amigos que eran, trazando planes para lo porvenir.

Ambos esperaban ser ricos, y empezaban a saborear su futura dicha.

Transcurrieron así dos horas.

Entonces fue cuando empezaron a inquietarse.

—¡Me parece que tarda en volver mi amigo!—dijo Pedro.

mujer, y del que, ni Monzón, que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hijo viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fué recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando vé que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo, que es Querubín. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso piensa aconsejar a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos. Andrés, creyendo que a quien ama Querubín es a Consuelo, quiere engañarle y aprovecharse de él para secuestrarla por orden del conde y de don Pedro.

Tal es la trama de los personajes de la obra.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCION Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1 — J. MARY	Ruñidos	11 — G. LEROUX	El corazón secuestrado
2 —	El bufón por sacrificio	12 —	Roulettable en Rusia
3 —	¡Por ella!	13 — LE ROUGE	El naufrago del espacio
4 —	La astucia de una mujer	14 —	Al astro espantoso
5 —	La venganza del Destino	15 — SPITZMULLER	El capitán Lagarde de Jarzac
6 —	El secreto de Mari-Rosa	16 —	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7 —	Ultraje Mortal	17 —	La marquesa dolorosa
8 — ESTAUNI	Las cosas ven	18 —	La favorita
9 — G. LEROUX	Bibi, mamá!	19 —	El misterio de mirafior
10 —		20 —	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TÍTULO, EN VENTA

2,50 PÉSETAS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS